

do vivo.» Y como se mostrase el Santo cada vez mas constante, se pronunció al instante la sentencia que le condenaba al fuego. Pionio entonces caminó con paso acelerado hácia la hoguera, y despues de haber llegado, sin aguardar que se lo mandasen, despójase de sus vestidos exteriores, se tiende encima de la leña y se entrega á un verdugo para ser clavado segun era costumbre. Cuando se encontraba en esta situacion, le dijeron todos en alta voz que aún era tiempo de renegar y que se le quitarían los clavos, cuyas dolorosas heridas no eran mas que las primicias de un tormento mucho mas cruel.—El Santo respondió: «He sentido vivamente estos primeros dolores, pero cuanto mas padezca me acercaré mas al término á que aspiro.» Hecho esto, cerró los ojos para orar con mas recogimiento, y concluida su oracion miró con rostro placentero las llamas que le rodeaban, dijo *amen*, y espiró dulcemente algunos momentos despues al acabar de proferir estas palabras: *Señor, recibid mi alma*. Luego que se apagó el fuego, hallaron su cuerpo los fieles tan entero como si estuviera vivo. Acaeció este glorioso martirio el día 5 de marzo del año 250. Ignórase qué género de muerte sufrieron Sabina y Asclepiades con los demas compañeros de San Pionio, que parece fueron muchos.

El procónsul Optimo ejerció su cruel impiedad en toda el Asia. Interrogó él mismo á un mercader llamado Máximo, y quiso presenciarse la tortura. Despues que Máximo sufrió por algun tiempo el tormento del caballete, le dijo el procónsul: «Reconoce ahora la locura de tu obstinacion, y sacrifica, á lo menos para librarte de la última desgracia.»—El mártir respondió: «Yo me libero de ella no sacrificando, y si lo hiciera me condenaba á la suerte mas atroz; ni vuestras uñas de hierro, ni vuestras planchas ardientes son capaces de dañar al que

está animado por la gracia de Jesucristo.»—Optimo entonces le condenó á ser apedreado é inmediatamente se ejecutó la sentencia.

El mismo pro-cónsul mandó quitar la vida del modo mas bárbaro á un jóven de Lampsaco, llamado Pedro, tan recomendable por su bella presencia como por su raro ingenio, y de cuyas prendas únicamente se valió el admirable confesor para confundir con mas fervor al tirano que le instaba sacrificase á la diosa Venus. Apretáronle de tal modo el cuerpo con tablas de madera y lazos de hierro, que todos sus huesos quedaron rotos y casi molidos.

Optimo pasó despues á Troade, donde le presentaron otros tres cristianos llamados Andrés, Pablo y Nicómaco, que confesaron intrépidamente el nombre de Jesucristo; y aun Nicómaco lo ejecutó con un ardor imprudente y contrario á las reglas del Evangelio. Hizole atormentar el procónsul con el mayor rigor, hasta reducirle al extremo de perder casi la vida. Pero entonces perdió la paciencia el desgraciado Nicómaco, y apostató vergonzosamente gritando: *no fui jamás cristiano, voy al punto á sacrificar*. Mandáronle desatar; mas apenas sacrificó cuando le acometió un violento frenesí, revolcóse por el suelo, se golpeó furiosamente la cabeza, se cortó la lengua con los dientes, y despues espiró dejando horrorizados á todos los que presentes estaban. Al verle morir de esta suerte una jóven cristiana de solos diez y seis años, llamada Dionisia, exclamó: *oh miserable, que por un instante de alivio te precipitas en tormentos eternos!* Por esto mandó Optimo la trajesen á su presencia, y la amenazó con que la mandaria quemar viva y la haria padecer otros tratamientos mas terribles para una virgen cristiana, si no sacrificaba.—Dionisia respondió: «Mi Dios me dará fuerzas para vencer vuestros artificios y violencias; y asi no temo vuestras amenazas.» Man-

dóla el procónsul entregar á dos jóvenes disolutos, que la llevaron consigo; pero el mismo Señor fué el custodio y vengador de su honor, de tal modo que los que habian pretendido deshonrarla, se vieron precisados á recurrir á sus ruegos é intercesion. Fueron abandonados al dia siguiente Andrés y Pablo al furor del populacho, que los apedreó; y oyendo Dionisia el ruido se escapó de entre sus guardias y corrió al lugar en donde estaban los mártires: supolo el procónsul y mandó la cortasen la cabeza.

En diversos lugares del Asia hubo otras muchas víctimas, sacrificadas al furor de la supersticion ó de la adulacion. San Cuadrato fué sacrificado en Nicomedia, pues ademas de hacerle sufrir esquisitos tormentos le cortaron la cabeza: en Nicea, los Santos Trifon y Respicio: en Lycia, el ilustre mártir San Cristóbal: en Cesarea de Capadocia, San Mercurio, oficial muy adelantado en el servicio militar; y en Éfeso, los siete hermanos Durmientes, llamados así porque en odio de su espontánea confesion los encerraron vivos y privaron de todo socorro humano en una caverna inmediata á la ciudad, donde durmieron en el Señor, segun su leyenda, esto es, murieron. A estos se les dió el nombre de los siete Durmientes cuando se hallaron sus cuerpos cerca de doscientos años despues; y algunos autores griegos, amigos de todo lo extraordinario, pretenden que despertaron entonces delante de un gentio numeroso, y que habiéndose arrodillado todos juntos dieron de nuevo el espíritu al Criador.

No fué menos glorioso el triunfo de Santa Agueda, en Catania de Sicilia, la cual se distinguió tanto por su amor á la virginidad, como por la viveza de su fé. Las particularidades que se refieren en sus actas, seria de desear que estuviesen mejor comprobadas; pero los monumentos mas famosos de su culto, entre otros un himno

compuesto en alabanza suya por el Papa San Dámaso, y un prefacio por San Gregorio, prueban hasta la evidencia cuán digna es de la nombradía que se ha adquirido en la Iglesia. En Toscana triunfó Santa Victoria (a).

(a) Tambien la iglesia de Astorga en nuestra España fué ilustrada durante esta misma persecucion de Decio con el martirio de la esclarecida virgen Santa Marta el día 23 de febrero, día en que aun hoy se celebra y en el que Baronio la puso en su Martirologio, despues de la primera edicion, diciendo: *in civitate Asturicensi S. Marthæ V. et M. sub Decio imperatore et Paterno proconsule*. Parece, pues, que de orden de Decio vino tambien á nuestra España á perseguir cristianos el proconsul Paterno, el cual no contento con haber martirizado á muchos en las demas provincias, entró en Galicia donde desplegó el mayor rigor contra los verdaderos fieles, de tal manera que en solos dos meses fueron laureados en España innumerables mártires, segun aparece de las Actas de la Santa, que están en el Breviario de Astorga. Paterno, luego que entraba en una ciudad, acostumbraba dar un edicto mandando bajo pena de la vida que todos sin escepcion alguna sacrificasen en honor de los ídolos, y quien no se presentaba á sacrificar era preso inmediatamente; é interrogado, se le obligaba á ofrecer incienso á los ídolos, ó á declararse cristiano. De este modo se condujo Paterno cuando entró en Astorga, de donde Santa Marta era natural, ó por lo menos avicinada allí. El procónsul la mandó comparecer en su presencia y la preguntó si no habian llegado á su noticia los edictos imperiales en que se mandaba ofrecer sacrificios á los ídolos. Contestóle la Santa con la mayor entereza: «Y tú, procónsul, ¿no has oído los tormentos con que Cristo, que es el único y verdadero Dios, ha de castigarte á tí, á los emperadores y á todos los que ciegameente profesan la idolatría?» Irritóse Paterno al oír estas palabras, y mandó azotasen á la Santa y la rasgasen sus carnes con uñas de hierro. Conducida despues á la cárcel, pretendió el procónsul atraerla con halagos, y hasta se dice la ofreció casarla con un hijo suyo si accedia á ofrecer incienso á los ídolos. Pero la Santa despreció estas ofertas con la misma constancia que las amenazas y los tormentos: nada fué capaz de hacerla faltar á su fé; y así causado ya el procónsul, mandó la cortasen la cabeza. Las Actas de la Iglesia de Astorga añaden que los gentiles arrojaron el cuerpo de la Santa en un lugar inmundado de donde le sacó una piadosa matrona. Pueden verse acerca de esta Santa el Martirologio Romano, los Bolandos (día 23 de febrero), el erudito Ferreras (año 251) y especialmente el P. M. Florez, tomo XVI, trat. 56, cap. 8, pág. 320.

Huerta, analista del reino de Galicia, y los Bolandos (13 de abril) dicen que durante esta persecucion padecieron martirio los Santos Quamatio, Arquelao, Potanio y Donatela. Algunos opinan que por este tiempo padecieron tambien en Córdoba Olimpiado y Máximo; pero otros, entre ellos Morales, no los mencionan; y alguno supone que tal vez padecieron el martirio en Córdoba ó Córdoba de Persia.

Tambien los monumentos y tradicion de la Iglesia



Hubo tambien en Alejandria una multitud de mártires, los primeros de los cuales fueron Juliano y Euno. Juliano era un viejo achacoso, y se veia tan afligido de la gota que ni podia andar ni tenerse en pie. Pusieronle con Euno sobre un camello á cada uno, y se les paseó por toda la ciudad azotándolos cruelmente, y despues de esto fueron arrojados en una grande hoguera, al rededor de la cual estaba la muchedumbre que asistia á este espectáculo con una bárbara alegría. Asociáronles otros muchos cristianos que se encontraban presentes, sin mas motivo que porque no aplaudian esta inhumanidad; entre ellas, cuatro mugeres, dos llamadas Mercuria y Dionisia, y otras dos que se llamaban Amonaria, distinguiéndose todas por la fortaleza que mostraron, infinitamente superior á su sexo.

Tambien fué tomando incremento la persecucion en la provincia de Africa, en donde por la llegada del procónsul se hizo mucho mas cruel de lo que habia sido bajo los magistrados ordinarios de Cartago que la comenzaron. Púsose aquí el mayor cuidado en variar y prolongar los tormentos, repitiéndolos tantas veces que no quedaba miembro alguno entero á los mártires, ni se podia ya herir sino en las mismas heridas. En fin, las cárceles eran insuficientes y pequeñas para que cupieran la multitud de confesores que eran condenados á morir de hambre y de sed en ellas.

Mas no hubo en parte alguna confesion mas célebre que la de Acacio, obispo de una ciudad de Antioquia, distinta de la de Antioquia de Siria, aunque se ignora en qué provincia de Oriente estaba situada (4). No

de Toledo nos aseguran que por este tiempo consiguió la palma del martirio la virgen santa Obdulia el día 1 de setiembre. (N. del E.)

(4) Act. sincer. Martyr. ann. 250.

pudo menos de quedar admirado el emperador, á quien el consular Marciano creyó debia hacer la relacion que sigue respecto de este Santo. Esta relacion, que está revestida de todos los caracteres de autenticidad, y sacada sin duda de los registros públicos, presenta una de las pruebas mas convincentes del cumplimiento de aquella promesa divina de que el Espíritu Santo hablaría por boca de los que fuesen acusados ante los tribunales por el nombre de Jesucristo y les inspiraría una sabiduria á la que no podrian resistir sus contrarios.

El consular empezó diciendo á este admirable confesor: «Vosotros debeis amar nuestros príncipes, ya que vivís bajo las leyes romanas.» — «Y ¿quién, respondió Acacio, los ama mas que nosotros? Sin cesar pedimos á Dios por ellos, por la prosperidad de su reinado, por la gloria de sus armas, y generalmente por todo lo que les interesa.» — Marciano dijo: «Pues sacrificad al emperador para que tenga esta prueba mas de vuestro afecto y respeto.» — Respondióle Acacio: «Nosotros damos de corazon al emperador todo lo que le debemos; pero ningun derecho tiene para exigir de nosotros sacrificios, porque ¿quién sacrificará á un hombre mortal, reflexionando que hoy manda y mañana recibirá tal vez el golpe de la muerte? El emperador está como nosotros sujeto á Dios, y no es permitido tributar honores divinos sino al Señor inmutable y Soberano de cielo y tierra, ante el cual deben temblar todos los demas potentados.»

Marciano, que gustaba de argumentar y buscaba una ocasion de combatir ventajosamente los principios del cristianismo, preguntó quién era ese Dios, pues deseaba conocerle. — «¡Ojalá, dijo Acacio, que le conociérais efectivamente, pero de modo que este conocimiento os fuese provechoso y saludable!» — Marciano respondió: «decid,

pues, quién es.» — «El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob,» replicó Acacio. — «¿Son tambien dioses esos que nombráis?» dijo Marciano. — «No, respondió Acacio; mas el que se dignó mostrarse á estos santos varones es el verdadero Dios á quien debemos temer.» — «¿Cuál es pues su nombre?» prosiguió Marciano. — Acacio, conforme á la regla enseñada por Origenes, citó tan solo los nombres que Dios toma en las Sagradas Escrituras. Entonces replicó Marciano: «¿Qué quimeras os tienen preocupado? Dejád las cosas invisibles y honrad mas bien á los dioses que podeis ver con vuestros ojos.» — «¿Qué dioses son los que me proponéis,» dijo Acacio? — «Sacrificad, respondió Marciano, á Apolo que nos guarda de las epidemias y del hambre, y gobierna y conserva todo el mundo.» — «¿A quién, replicó Acacio; á ese Apolo que abrasado en un amor impuro persiguió al tímido objeto de su pasion, sin preveer que al cabo quedarian frustrados sus intentos? ¿Adoraría yo á los que tendria vergüenza de imitar, y á cuyos imitadores castigariais vos mismo?» — Marciano dijo: «Todos los cristianos acostumbran á responder lo mismo; pero es necesario venir conmigo á sacrificar al grande Júpiter y á la divina Juno, para celebrar despues alegre y jovialmente el solemne convite.» — «¿Y por qué he de honrar como dios, respondió Acacio, á aquel cuyo sepulcro está constantemente en Creta? ¿Ha resucitado por ventura?» — «Cesad de hablar, dijo entonces Marciano; es preciso sacrificar ó morir.» — «Este es, replicó Acacio, el argumento mas convincente; los bandidos de Dalmacia no discurren mejor cuando en la espesura de un bosque exigen la bolsa ó la vida al desgraciado que cae en sus manos. Hasta ahora os habiais preciado de mas equitativo y razonable. Mas poco me importa; podeis, si, matarme, mas no convencerme ni aterrarme; las leyes con-

denan el adulterio, el latrocinio y el asesinato; si he cometido alguno de estos delitos, yo soy el primero que me condeno; pero si se me castiga porque amo al verdadero Dios, quien me condena es, no la ley, sino la voluntad arbitraria del juez. Pero tened entendido que haciendo esto os haceis indisculpable, porque cada uno será juzgado segun juzgare á los otros.» — De este modo, por la fortaleza de espíritu de Acacio, ó por mejor decir, del espíritu de Dios que le inspiraba, el acusado hacia en cierto modo el papel de juez, y el que se titulaba juez hacia el de reo. Respondió pues Marciano muy perplejo: «Yo no tengo orden para examinar tantas cosas, sino solo de reduciros á la obediencia ó castigaros.» — «Y á mí, dijo Acacio, me está prohibido y además me horroriza renegar de mi Dios. Si vos os creéis elegantemente obligado á seguir en todo la voluntad de un hombre que presto morirá como todos los demas y como todos será pasto de los gusanos; ¿con cuánta mas razon debo obedecer yo al Dios Todopoderoso é infinitamente sabio, que á los que le niegan delante de los hombres amenaza con desconocerlos en la corte celestial, cuando venga con toda la magestad de su gloria á juzgar á los vivos y á los muertos?»

El consular, que se creia con talento suficiente para argumentar, y con bastante conocimiento de la doctrina de los cristianos para convencerla de errónea y estravagante, pensó sacar gran partido de lo que acababa de decir Acacio. «Tales son, replicó, las ideas insensatas de vuestra secta, y yo deseaba oirlas de vuestra boca. ¿Con que Dios tiene un Hijo, segun vosotros?» — «Sí,» respondió Acacio. — «¿Quién es?» preguntó Marciano. — «El Verbo de verdad, la palabra de gracia,» respondió Acacio. — «¿Es ese su nombre,» replicó Marciano? — «Hasta ahora no me lo habiais preguntado,» dijo Acacio. — «Nombradle pues,» prosiguió



Marciano.—«Llámasé Jesucristo, dijo Acacio.»—«¿De qué muger lo tuvo Dios,» añadió Marciano?—«No debemos discurrir de Dios como de los viles mortales: él formó el cuerpo del primer hombre, y despues le dió la vida y el espíritu: así á su Hijo le engendró de una manera enteramente espiritual, pero necesaria, produciéndole de su propio corazon, como lo enseñan nuestras divinas Escrituras.»—«¿Luego Dios es corpóreo,» replicó Marciano?—«¿De dónde lo inferís, dijo Acacio, pues nosotros le reconocemos invisible? Él solo se conoce con toda perfeccion: mas no por eso estamos nosotros menos seguros de su virtud y poder.»—Marciano dijo: «Si carece de cuerpo, tampoco tendrá corazon ni inteligencia, porque ésta y el pensamiento no pueden hallarse donde no hay sentidos.»—«La inteligencia, respondió Acacio, no toma su origen en nuestros miembros, Dios es quien nos la dá; y el cuerpo y el espíritu nada tienen de comun sino por la voluntad omnipotente del Criador.»

Marciano entonces, abandonando un medio que tan mal le salia, dijo: «Volved los ojos á los catafrigos que eran cristianos, y hoy sacrifican con nosotros; imitadles pues, juntad á todos los cristianos de la ley católica y haced que abracen la religion del emperador.»—Acacio respondió: «Yo no soy su dueño, es Dios: ellos me escuchan y dan crédito cuando los dirijo á la virtud, pero si los indujera al pecado me despreciarian con razon.»—«Decidme todos sus nombres,» dijo Marciano.—«Están escritos, respondió Acacio, en el libro celestial.»—«¿Dónde están, prosiguió Marciano, hablando de los sacerdotes; dónde están vuestros compañeros los magos y los doctores de este error tan artificioso?»—«Otras faltas tenemos, dijo Acacio, de que acusarnos delante de Dios; mas por lo que toca á las evocaciones infernales y á las

tenebrosas observancias de la mágia, las hemos mirado siempre con el mayor horror. Estas maravillas de gracia y beneficencia que nos veis obrar, solo de Dios las alcanzamos.»—«Preciso es, dijo Marciano, que seais unos magos muy hábiles, pues habeis logrado infestar todo el Imperio con esa Religion loca y perniciosa.»—«Nosotros, respondió Acacio, desengañamos á los hombres acerca de esos fantasmas de divinidades, á quienes teneis la debilidad de reverenciar y temer despues de haberlas hecho vosotros mismos.»—«Decid los nombres que os he preguntado, dijo Marciano, si quereis libertaros del castigo.»—Acacio le respondió: «¿Esperais vencernos si somos muchos, cuando no podeis vencerme á mí solo? Si es mi nombre el que quereis saber, no tengo dificultad en deciroslo: comunmente me llaman Acacio, pero mi nombre propio es Agatangio, y mis compañeros que veis aqui son Pison, obispo de Troya, y el sacerdote Menandro; no me preguntéis mas, y haced lo que mas fuere de vuestro agrado.»—Por último terminó Marciano su interrogatorio diciendo: «Daré noticia de todo al emperador, y mientras decide permanecereis en la cárcel.» Remitió pues el proceso al emperador Decio, quien no pudo leerle sin admirar las respuestas del Santo, como lo dió á entender sonriéndose repetidas veces durante la lectura, y mandó que se le diese libertad, trasladando á Marciano al gobierno de Pamfília. El generoso prisionero, despues de haber salido de la prision, convirtió muchos infieles señalándose tanto por su santidad y milagros como por su doctrina y sabiduría; y finalmente murió en paz. La Iglesia honra la memoria de este ilustre confesor el dia 31 de marzo.

Otro confesor hay, si no debemos mas bien apellidarle mártir, cuyo nombre merece igualmente ser distinguido entre los otros. Se llamaba Numídico, y con sus fer-

vorosas exhortaciones habia animado á un gran número de fieles encarcelados por la fé. Fué testigo de la heroica firmeza con que su esposa, á la que amaba tiernamente, habia padecido el suplicio del fuego por una causa tan justa, y él mismo habia sido apedreado y medio quemado hasta que le dejaron por muerto. Su hija, yendo á recoger sus reliquias, halló que estaba todavía con vida, le llevó á casa y reanimó sus espíritus, de modo que recobró las perdidas fuerzas. Colocóle algun tiempo despues San Cipriano en el número de los sacerdotes de Cartago, donde manifestó constantemente su celo y las eminentes virtudes que le habian merecido ser elevado al sacerdocio.

Igual valor mostró San Dionisio que ocupaba la Silla episcopal de Alejandria. Habiendo sabido de antemano que el prefecto Sabino le habia de citar, esperó cuatro dias el aviso en la casa donde ordinariamente moraba; pero se echaron á buscarle por otras partes, creyendo que no tendria valor para permanecer en su casa en un peligro tan inminente. Retiróse al fin el santo pastor, temiendo tentar á Dios, y le acompañaron sus domésticos y muchos cristianos; pero en el mismo dia cayeron en manos de los soldados y ministros de la justicia (1). El presbítero Timoteo, que no se habia hallado con los demas é ignoraba lo ocurrido, quiso ir á casa del obispo; pero hallándola toda ocupada por los soldados, juzgó que Dionisio habia sido preso y huyó con precipitacion. Un cristiano del campo que le encontró y supo el motivo de su terror, llevó la noticia á una casa allí cercana donde á la sazón se estaba celebrando una boda. Los convidados, luego que lo oyeron, se levantaron inmediatamente de la mesa, fueron al sitio en donde esta-

ba San Dionisio con sus compañeros y entraron gritando é intimidando á los soldados, los cuales huyeron sin oponer la menor resistencia. Como era de noche y el obispo estaba ya acostado pacíficamente, creyó que sus libertadores eran otros tantos ladrones, y les presentó sus vestidos. «Diferente es nuestro intento, le digeron, levantáos pronto y venid con nosotros.» Comprendiendo entonces su designio y reconociéndolos bien, les respondió: «retiráos si quereis darme gusto, ó si pretendéis hacer alguna violencia, quitadme la vida, y dejad en paz á los que nos llevan.» Hiciéronle sin embargo levantar por fuerza, y como se asia de cuanto ballaba, lo cogieron por los pies y las manos, y á pesar de sus razones lo llevaron consigo; montáronle luego en un asno, y le escoltaron hasta que estuvo fuera de todo peligro. El santo prelado retiróse á un lugar solitario de la Marmarica, donde se quedó tan solo con dos cristianos.

San Cipriano, que era uno de los mas ilustres doctores de los cristianos y por lo mismo mas odiado de los celosos defensores del paganismo, vióse precisado á ceder á las circunstancias del tiempo, pues conservaban contra él un grande odio porque habiendo nacido pagano como ellos y dádoles su ingenio las esperanzas mas lisongeras, los habia defraudado de estas ventajas y convertídoles en favor del cristianismo. Subió de punto este odio por la actividad del celo del Santo que tan eficazmente le desplegó mientras la persecucion, pues con sus palabras y con sus continuas cartas animaba á su numerosa grey, guiaba todo su pueblo por las sendas de la penitencia y del fervor, y lo hacia entrar en los designios del cielo, que queria distinguir con pruebas muy dificiles el buen grano de la zizaña, y hacer revivir el espíritu de desinterés y santidad en la Iglesia. Esta conducta, tan propia de un buen Pastor, irritó muy

(1) Euseb. lib. 7 hist. cap. 11.